

NACIDO EN SIETE CIUDADES

EL JOVEN QUE LE ACOMPAÑA reclama la atención de los que pasan. Picados por la curiosidad, los desocupados se detienen. Poco a poco se va formando un corro. El ciego comienza el recitado. Algunos de los que se acercan a curiosear no tardan en marcharse. No les atraen las historias nuevas. Prefieren sus mitos conocidos.

El recitado se alarga durante toda la mañana. Cuando llega al enfrentamiento entre Héctor y Aquiles, al rapsoda le rodea una pequeña multitud, silenciosa y atenta. Es la primera vez que Homero declama su poema en esta isla. La primera vez que escuchan esta escena. Nadie sabe cómo va a acabar.

HUIDA A EGIPTO

DURANTE EL VIAJE no han dejado de ver, a lo lejos, animales. Cuando la familia pasa, a un lado del camino hay una mancha que no ven. Una mancha oscura y mate, como una sombra. El niño va dormido en brazos de la madre. Enseguida la mancha va perdiendo su color oscuro. Comienzan a llegar hormigas y otros insectos que depositan partículas minúsculas. Y llegan otros animales cada vez más grandes. Todos traen algo, piezas informes, irreconocibles. Llegan perros, cada uno con un hueso. La mancha ya es de color rojo. Los huesos, colocados unos junto a otros, van formando un esqueleto. Vienen buitres, que meten la cabeza entre los restos y restituyen la carroña. La mancha comienza a tomar brillo. Se hace líquida. Es sangre que se limpia de la arena y que va entrando en los despojos por distintos puntos. Después acuden leones, y grandes trozos de carne salen de sus bocas y se agregan al cuerpo de un animal, que está tendido. Por fin, cuando se queda solo, se levanta. Es una delicada cría de gacela, que echa a correr hacia su madre y se pone a pastar junto al resto del rebaño.

LEYENDA MEDIEVAL

ES LA BATALLA de Clavijo. Las flechas cruzan el aire como vencejos. Cuando una de ellas le atraviesa el pecho, el caballero Don Gonzalo de Maqueda se siente herido de muerte.

“Señor, recuerda que le he hecho a mi madre la promesa de peregrinar un día a Santiago. No me dejes morir sin cumplirla. Concédeme, Señor, unos días más de vida. Solo para poder ir a Santiago.”

Cuando recupera el conocimiento se encuentra en la casa familiar. Aunque goza de los atentos cuidados de su madre tarda varios meses en restablecerse.

Puede andar sin ayuda allá por noviembre, cuando el frío desaloja los caminos.

Pasa el invierno en la cocina, junto al fuego, el aprendiz de Sol.

La primavera trae ríos verticales.

En junio, cuando ya tiene todo preparado para iniciar el viaje a Santiago, el rey lo requiere para una nueva guerra. Otra larga guerra, que esta vez dura diez años.

Vuelve sin una herida. Abraza a su madre y, por temor a que otra vez lo retenga una nueva obligación, se echa al camino para cumplir su promesa, sin darse un pequeño descanso.

Es verano. Se impone un paso rápido, pues quiere estar pronto de vuelta, para la sementera.

Entra en la catedral bajo el pórtico de la Gloria. Al arrodillarse delante del santo, siente el dolor, aquel mismo dolor mortal en el pecho.

Entonces sabe que se está muriendo en aquel campo de batalla y comprende que Dios solo le ha concedido ir a Santiago. No vivir más tiempo. No han transcurrido diez años. Nada en ese tiempo ha sido real.

Se pregunta si su madre, como él, no estará también ya muerta.

LA BELLEZA ABANDONADA

EN SU PEREGRINAR, el poeta chino pasa por uno de los palacios imperiales que han quedado abandonados. Aunque apenas han transcurrido cincuenta años desde que quedó vacío, ya está en ruinas. Los tejados se han hundido, si bien algunas puertas permanecen cerradas con candados. La vegetación ha invadido todas las estancias. Hay hierbas en los aleros, en los balcones, en lugares altos. En algunas habitaciones crecen árboles, cuyas raíces han levantado el suelo. Las ramas salen por las ventanas como brazos de prisioneros. Flores caídas cubren un patio y un estanque, seco. El foso está lleno de tierra en la que crece la maleza. Todos los muros han sido saqueados. Los campesinos del cercano pueblo los usan como cantera de la que extraen las piedras para levantar las paredes de sus casas, de sus huertos. Tienen sus cultivos al otro lado del palacio, en lo que fueron los jardines. Para llegar a ellas han hecho un camino que atraviesa el gran patio central. Ve pasar a humildes campesinos que se dirigen a sus tierras por la puerta principal, que sigue en pie. Por esa misma puerta entraba el emperador a su palacio. Al cruzar el pueblo ha visto a unas viejecitas que tomaban el sol a la puerta de una casa. Le han dicho que eran concubinas. Cuando se marchó el emperador estaban muy enfermas y no pudieron seguirle. El pueblo se formó alrededor de los sirvientes que se quedaron a cuidar a aquellas mujeres. El emperador no mandó a buscarlas nunca.

LA PEQUEÑA DESHOLLINADORA

El *signore* Tonino vive en un suburbio de Milán. Son los años centrales del siglo XIX. Dispone de un pequeño ejército de niños de múltiples edades (lo que quiere decir de múltiples tamaños), desde los tres hasta los once años, para limpiar todo tipo de chimeneas.

Es un hombre recto. No roba a los niños, como otros. Se los compra a sus padres en aldeas miserables de Suiza, de Viena, del Piamonte, o de la propia Lombardía. Para muchos padres es un gran negocio. Suprimen una boca en casa e ingresan algún dinero, un bien al que no suelen tener acceso, pues lo que producen solo da para la subsistencia, si acaso para trueques.

Es un oficio en el que ocurren muchos accidentes. Muchos niños sufren caídas que les dejan malheridos, desgracia que se suele resolver en abandono, algunos mueren abrasados.

Aunque no acepta niñas en su compañía, ahora tiene una. Se llama Caterina y se la han regalado sus padres por la compra del hermano. Es más lista que el hambre y cabe en cualquier conducción, por estrecha que sea.

Hoy, desde temprano, los niños del señor Tonino limpian las chimeneas del palacio Bossi, propiedad del conde de Calabria. Hacia el mediodía parece que han acabado la tarea y ya se disponen a marcharse, cuando el mayordomo repara en que aún falta uno de los hornos. Es tan pequeño que no cabe ninguno de los niños, excepto Caterina, que se cuela dentro con una facilidad cómica, como si no tuviera cuerpo.

Enseguida se oye cómo rasca las paredes, un ruido que se va alejando y que llega a parecer el de un ratón.

De pronto se detiene. Se oye una vocecita. Se ha atascado. Ha quedado encajada de tal forma que no puede ni avanzar ni retroceder.

Los más pequeños intentan llegar a ella. Le gritan instrucciones. Todo es inútil.

Su voz llega lejana. Solo la entiende su hermano.

—Dice que no ve.

Pasan horas hasta que el señor Tonino comprende que todo es imposible.

La única forma de sacarla es romper el tiro. El mayordomo no lo consiente sin permiso del señor y manda que vayan en su busca.

Al final de la tarde vuelven con una escueta nota: “Que paguen lo que rompan”.

Hace tiempo que ya no se oyen ruidos en la chimenea.

Cuando la sacan, ya no respira. Las manos y la cara están negras, pero tiene una expresión extraña. Los párpados están cerrados, y como están limpios, pues solo debió cerrar los ojos en el último momento, resaltan en la negra cara como si estuvieran abiertos.

El señor Tonino la toma en brazos con toda delicadeza, como si durmiese. La niña tiene la boca abierta. Los labios y los dientes también están negros, de tanto tiempo como ha respirado el hollín, ahí encerrada.

El señor Tonino le asegura con gravedad al mayordomo que él se hará cargo del arreglo de la chimenea.

Todos los niños, cansados, esperan sentados en el suelo.